

ARABISMOS DE USO MILITAR... Y OTRAS CURIOSIDADES ETIMOLOGICAS

Por

Ramón SANCHEZ Díaz
Teniente coronel de infantería
Ejército de España

Este esbozo etimológico de palabras españolas de origen árabe e interés militar, no pretende más que abrir una ventana a la curiosidad. De ninguna manera intentamos la rehabilitación de arabismos muertos y que bien muertos están. Tampoco hemos querido incurrir en el vicio de prodigar raíz árabe a voces que de árabe no tienen más que la envoltura fonética, como ocurre con la palabra "alcázar", e incluso con el nombre propio del filósofo y enciclopédico cordobés, Aberroes, clara versión arabizada de "aben Ruiz o hijo de Ruiz".

La lengua española se halla todavía hoy liquidando el lento período de desarabización, cuyo comienzo quizá pueda fijarse en el siglo XV. Sabemos que en 1515, aquel ilustre médico y humanista, zamorano de nación, don Francisco López de Villalobos, censuraba a los toledanos porque empleaban arabismos "con que afean y ofuscan la claridad de la lengua castellana". Entre palabras raíces y sus derivados, el Diccionario de la R. A. no registra hoy más que cuatro mil arabismos, muchos de los cuales son arcaísmos caídos en desuso a pesar del inmenso atractivo de su ampulosa sonoridad.

Todos los que hemos vivido largos años en Marruecos solemos tener, aun sin proponérselo de manera especial, un amplio repertorio de palabras y frases del argot militar hispanoárabe utili-

zado en las Fuerzas Indígenas. Aquello era una especie de ósmosis fonológica no despreciable desde el punto de vista lingüístico, pues decía mucho de cómo hubo de formarse la "jaquetilla" al contacto convivencial de moros, cristianos y judíos durante la histórica presencia de árabes en España (1).

Respecto a la pirueta fonética por que pasaron muchas palabras antes de fijarse en España como arabismos o en Marruecos como hispanismos, habría mucho que decir. Estando yo de Capitán Interventor en la cabila de Garbía, cerca de Arcila y a la espalda de Tánger, tenía entre mis "mejasnis (2) a un marroquí de chilaba y cuerpo entero que se llamaba "Carli-

(1) Se llama "jaquetilla" a la particular manera con que los judíos sefardíes no cultos hablan el español. También los arabófonos, al hablar nuestra lengua, emplean frases y cadencias jaquíticas. La palabra jaquetilla no figura en el D. R. A. E. Sobre este tema puede confrontarse un artículo del autor, aparecido en la revista "Mauritania" el año 1944, páginas 114 y sig.

(2) Soldado marroquí al servicio del Majsén (Gobierno), con funciones policiales. En cada Intervención, durante el Protectorado de España en Marruecos, existía un destacamento de "mejasnis" a las órdenes directas del Interventor. El conjunto orgánico de estos soldados constituía la Mejasnia Armada, pagada por España con cargo al presupuesto de Marruecos. La Mejasnia sustituyó en el rodar administrativo del Protectorado, a la heroica Policía Indígena, organizada en 1910 por el general don Francisco Larrea Liso.

tos. . . " Ni él atendía por otro nombre ni a nadie se le ocurría llamarlo de otra manera. Me parece que aún estoy viendo, a través de un velo de casi treinta años, la figura alta y simpática de Carlitos diciéndome un discreto "ma cáinbas" —no hay mal; sin novedad— cada vez que los días de zoco, me lo tropezaba entre la masa inquieta de compradores y vendedores.

Pero como "Carlitos, siendo musulmán, no podía llamarse como el arzobispo de Milán (3) ni como el Emperador de España, un día le pregunté a él mismo el por qué de tan cristiano apelativo. Y todo se puso en claro:

Resulta que, siendo niño, era tan alto y flaco que su madre le decía que parecía un "caleto" (4). El símil materno pasó a alcuño de barrio, y como el mozo andaba siempre de holgante "zancajeo" (5), lo de "caleto" le venía al pelo para destacar su capitanía de rillote entre los demás rapaces: era una manera de significarse.

Andando el tiempo vino a España el de la guerra, y el por entonces todavía "Caleto" se filió en el Grupo de Regulares de Larache, donde al dar su nombre árabe completo añadió el cúnía (6) para que se supiera bien sabido que el que se filiaba era "Caleto" y no un Mohamed de la plebe. . . Pero he aquí que las orejas del brigada, que debían ser del recio cartilago castellano, oyeron "Carlitos. . ." Y así fue cómo mi mejasni llegó a llamarse Carlitos al margen de toda regla de evolución filológica.

Otro caso —y éste recentísimo, de ahora mismo— es el de la morita Rebeaa

(3) San Carlos Borrromeo.

(4) Eucalipto, pronunciado por cualquier marroquí. "Carlitos" era un barrio de Larache donde abunda este árbol.

(5) Zancajeo: del árabe "zanqa", calle, de donde sale zancajear, cuyo verdadero sentido es callejear.

(6) "Al cúnía": sobrenombre o alias —aleuño.

(7) que se metamorfoseó en Beatriz. . . Hace tres o cuatro meses llegó a Villaviciosa de Odón (Madrid) un matrimonio de Tetuán con sus dos hijos, niño y niña, ambos de la decena para atrás. El niño ha por nombre Mohamed; la niña, Rebeaa. En cuanto Rebeaa se echó a la calle de Dios a jugar con los demás niños de su edad, éstos, ante lo difícil que resultaba para ellos pronunciar semejante nombre, optaron por llamarle "Bea", de la misma manera y por la misma razón que a otra niña de la tanda le llaman "Elo" por Eloísa. La morita, que es criatura avispada donde las hay, ya no quiere llamarse más que Beatriz, aunque ella pronuncia Biatrís. . .

Creo que lo de "Carlito" y lo de Beatriz informa suficientemente sobre el azar por que han pasado algunas palabras antes de fijarse en idioma extraño. Cuando la razón etimológica se presenta clara e inteligible, miel sobre hojuelas; pero rara es la palabra en la que no haya que tener en cuenta factores fonéticos de difícil captación. Por lo que respecta a los arabismos introducidos en nuestro romance, lo primero que hay que apreciar es que figuran hoy en nuestro Diccionario con el artículo unido al nombre, por ejemplo: "al berdaa", la albarda, formó una sola palabra; "al fáres", alferez, siguió la misma suerte. Y así casi todas las voces de origen árabe que empiezan por "a". Esto se debe a que nuestra ortografía es esencialmente fonética y, claro está, a las malas transcripciones.

Tras estas líneas de semiprólogo, entremos ya en la materia de que es objeto el presente artículo: arabismos de uso militar.

ACEIFA.—Aparece mucho en textos españoles de la Reconquista. Procede del árabe "seif", verano, y se refiere a las expediciones militares, correrías o racias que efectuaban los moros sobre territorio cristiano durante la estación estival. Algunas veces fue mal traducida por "ejército".

(7) "Rebeaa" significa primavera y es nombre propio de mujer; termina en la letra árabe "aain", muy difícil de pronunciar para un español.

ACEQUIA.—Del árabe "sáqia", canal de agua; zanja natural o artificial por donde discurre el agua. "Sáqia el Há-mara", en el Sahara, significa canal o "acequia" roja.

ACIMUT.—Se introdujo en el léxico geográfico español a finales del siglo XIII. Procede del árabe "simut" plural de "samt", paralelo geográfico. Es curiosa la evolución fonética de esta palabra, que significa, en su origen puro, el punto del cielo que está sobre nuestra cabeza. Podría proceder de "samá mutz", que da, con el artículo añadido, "as semá mutz": cielo muerto o punto muerto del cielo (8).

ACICATE.—Puede proceder del árabe "ach cháuqa", plural "ach chauqatz", espinas, púas, y significa la espuela que se usa para montar a la jineta, de una sola punta. Hay quien dice —y puede ser— que viene del vascuense "cicatea", espuela.

ADALID.—Del árabe "ad dalil", el que enseña o muestra el camino, y por extensión, el que conduce, en mando, una tropa; es decir caudillo de gente de guerra. Es uno de los arabismos más antiguos: se emplea desde el siglo XI. En la edición general de las Ordenanzas Militares, de J. A. Portuguese, año 1765, página 355, se da la palabra "adalid" como sinónima de capitán: "El Capitán, o "Adalid", gozará quarenta escudos de vellón al mes".

ADARGA.—Del árabe "ad darqa" o "ad dáraqa", escudo de cuero y forma ovalada. Las que se conservan en la Armería Real miden más de un metro de alto. En España no se utilizó la "adarga" hasta bien entrada la Edad Media. Las de verdadera factura árabe se fabricaban en Fez, y muy probablemente, con cuero de camello; las que más tarde se fabri-

caban en España, de cuero de vaca, se llamaban "vacaríes". En heráldica se emplea la palabra "adarga" como sinónimo de blasón o escudo de armas.

ADARVE.—En "La Vida de don Miguel Lucas", siglo XV, publicada en el "Memorial histórico español, tomo VIII, página 345 y siguientes, se habla del "andamio del adarve", "que es el espacio o camino que hay en lo alto de la muralla, sobre el cual se levantan las almenas". Efectivamente, "darb" —o "ad darb", con el artículo— significa en árabe camino, calle, pero con la idea implícita de elemento divisorio. "Adarve" es, pues el camino almenado que corona la muralla de una fortificación.

ADEHALA.—En el Diccionario de la R. A., segunda acepción, se dice que "aldechala" es lo que se agrega de gajes o emolumentos al sueldo de algún empleo o comisión. Procede del verbo árabe "dajala", entrar, entrar en, introducirse, meterse en un negocio. "Aldehala" podría emplearse como gratificación, dieta, plus y, desde luego, como propina, que es el sentido con que se introdujo en España el siglo XV. Esta palabra experimentó los cambios fonéticos propios del romance, convirtiendo la jota medial en ache aspirada.

ALARDE.—Del árabe "al ard", acto de pasar revista a la tropa; procede de la raíz "ard", mostrar, enseñar. Se llamaba "alarde" a la formación militar en que se hacía reseña de los soldados y sus armas. El sentido que tiene hoy la palabra procede de la ostentación y gala que se hacía en estos actos.

ALAZAN.—Esta palabra se introdujo en España a finales del siglo XIII. La Real Academia la da como adjetivo pictórico procedente del árabe "al azaar", rojizo. Pero también podría derivarse de "al hasán", hermoso, o de "al hisán", caballo de casta y raza. Otra etimología aceptable es "al ahlás", bayo, una de cuyas formas da "al hasal", que pudo haber pasado al romance como "al hazán", convirtiéndose luego en "alazán".

ALBARDA.—Del árabe "al berdaa", con la misma significación. Se usa en España desde el siglo XIII. Parece ser que los árabes la tomaron del persa "bar-gaza".

(8) Hay que advertir, para los no familiarizados con la lengua árabe, que en las palabras que empiezan por las letras "ch, de, n, r, s, t, z", la "l" del artículo ("al" o "el", según sea litera! o vulgar) desaparece como tal "l", cediendo su fonética en favor de la letra inicial de la palabra a que se refiere, a la que, al mismo tiempo, duplica. Por esta razón escribimos "as semá mutz" en lugar de "al semá mutz". A estas letras, que en el "alifato" (véase nota a voz BACHA, BAJA) son catorce, se les llama "solares".

ALCAZABA.—Del árabe "qasba", de la raíz "qsb", que se refiere a lo que cerca, protegiéndolo, cualquier lugar. Se llamó "qasba", a la cerca, incluso vegetal, que protegía las dependencias oficiales de las medinas; después, por extensión, "qasba" vino a significar el barrio típicamente indígena de las ciudades árabes. En esta palabra, como se ve, predomina la idea de cerca aislante. La Real Academia de la Lengua, en su Diccionario, la define como "Recinto fortificado, dentro de una población murada, para refugio de la guarnición..." Se usa en España desde finales del siglo XV.

ALCAZAR.—Está muy generalizada la creencia de que este vocablo es de procedencia árabe, con el significado de fortaleza, casa real o habitación del príncipe. La verdad es que esta palabra no es árabe ni mucho menos: viene del latín "cesar-cesaris, pronunciado "kesarkesaris", que es la misma raíz de "kaiser" y de "kzar" (zar). Los árabes asimilaron la palabra confundiendo la persona del "César" (Kesar), o su representante, con el palacio que éste ocupaba. Al pasar a nuestro idioma, unida al artículo, produjo "alcázar".

ALFANGE.—Del árabe vulgar "al hángel" (pronunciado "hányel"), sable corto y corvo, con filo solamente por un lado, y por los dos en la punta. Al pasar al romance, en el siglo XIII, perdió la "l" final por disimulación.

ALFEREZ.—Arabismo usado en España desde el siglo X. Procede de "de al fáris", el jinete militar, el que montaba "al farás", caballo de tropas ligeras.

ALFOZ.—El Diccionario de la R.A.E. da esta palabra como sinónima de arrabal, procedente del árabe "al háuz", con el mismo significado... Es posible, pero quizá proceda más directamente de "al fáhz", que es la zona de campo abierto que rodea una ciudad.

ALMAHALA.—Este arabismo, caído hoy en la zona de los arcaísmos, y por lo tanto, en desuso, procede del árabe "mahala" o "mehala", con "l" geminada o doble, y significa unidad de tropas sultanianas de tipo regimiento; es, en definitiva, lo que durante el Protectorado

de España en Marruecos llamábamos "mehala" y que escribíamos "mehalla" o "mehal-la". El Diccionario de la R. A. E. lo define por campamento.

ALMENARA.—Fuego que se hace en un lugar alto y con objeto de advertir de cualquier peligro a la población; también significa, por extensión, las torres de piedra construidas para este fin, que se hallaban cargadas de leña para encenderla en el momento oportuno. La palabra es mixta de latín y árabe: "mena", en latín, significa prominencia, altura, y "nar", en árabe, fuego. "Almenaras" son las torres de piedra que todavía existen en bastantes puntos culminantes de la costa levantina, fabricadas para avisar, por medio del fuego, de la presencia de corsarios berberiscos.

ALMIRANTE.—La traducción más directa de esta palabra, que se usa en España desde el siglo XIII, es, sin duda, "comandante", pero no en sentido de grado jerárquico, y desde luego, sin referirse especialmente al mando de barcos. Procede del verbo árabe "amar", de donde sale "emir" o "amir": el que manda. Los árabes la utilizaron también en el sentido de príncipe o jefe visible de la comunidad de creyentes: "amir el mumenín", príncipe de los creyentes, lo que, mal transcrito al español, produjo el monstruo fonético de "Miramamolín", sobrenombre con el que pasó a nuestras crónicas Iakub al Manzar, el rey almohade de la batalla de las Navas de Tolosa.

Es indiscutible que "amir el bahar", puesto que "bahar" o "bahr" significa mar, puede traducirse por comandante o jefe de unidad naval de cualquier entidad, pero "amir al bahar" no pudo haber producido el español "almirante", que, insistimos, viene sólo de "emir" o "amir", con la terminación agente "ante", como celebrante, caminante y otras muchas voces españolas que terminan así, bien sea de procedencia sustantiva o de procedencia verbal. En textos medievales se empleó la palabra "almiraj", "almiraje", "almirage" y "almiral", pero siempre con el valor de "almirante" y en el sentido exclusivo de "mando", como en la Crónica de don Alfonso XI, en que se dice, especificando, "almiraje de la mar".

ALMOCADEN.—“Almocadén”, del árabe “qodám,” delante de, con geminación de la “d”, significa “el que está delante, el que dirige, como jefe, cualquier colectividad”, incluso religiosa. En el ejército significa, exactamente, sargento: es el “mokadem” de nuestras antiguas almahalas o “mehalas”.

ALMOGAVAR.—Del verbo árabe gauar, realizar una expedición. “Gauar” da “muguir”: incursor, el que toma parte en una expedición, en una algarada.

ARSENAL.—Este es un arabismo relativamente moderno: del siglo XVII. Procede del árabe “dar senáa, casa o lugar donde se hacen obras que precisan maestría, oficio, como la construcción y pertrecho de barcos. Parece ser que el sentido con que pasó esta palabra al español se debe a la “dar senáa” fundada en Túnez por el jalifa Abdelmalec, de que nos dejó noticia Iben Jaldún. “Arsenal” y “dársena” son de idéntica etimología y de igual significado, aunque hoy entendemos por “arsenal” depósito de armas de guerra, y por “dársena” la parte resguardada artificialmente, en aguas navegables, para surgidero o para la cómoda carga y descarga de embarcaciones.

ATALAYA.—Lugar situado en una altura topográfica o de fábrica, desde la cual se domina por la vista el terreno circundante. Esta voz procede del verbo árabe “talaa”, subir, y cuya octava forma tiene el sentido de vigilar. De “talaa” se deriva “atalía”, que en plural da “atalayi”, de donde nació, seguramente, la palabra española “atalaya”, usada desde el siglo XI y aplicada al soldado que vigila desde ella. Durante la Edad Media se llamó “atalaya” al vigilante o centinela de día, y “escucha” al de la noche. “E dezimos que así como las “atalayas” son puestas todo el día para guardar en vista a los que son en guerra, las “escuchas” los guardan de noche (9). Curioso es el comentario-protesta que hace Mendoza en su libro “Guerra de Granada”: “Lo que ahora llamamos “centinela”, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles: “escucha” al de noche; en el día, “atalaya, nombres harto más propios para su oficio...”

(9) Alfonso X: “Opúsculos legales”, I, 133.

AVERIA.—No se sabe con certeza de dónde procede esta palabra, que empieza a usarse como española a finales del siglo XV; pero pudiera ser que del verbo árabe literal “awara”, estropear, deteriorar, que daría en vulgar “auaría”, de donde, en fin, “avería”.

BACHA, BAJA.—Bacha no es palabra árabe, sino turca —“pacha”—, con el significado general de “jefe”. Los árabes, cuyo alifato (10) carece de “p”, la asimilaron como “bacha”. Hacia 1850 pasó al español como “bajá”, copiado inútilmente de la transcripción francesa, que es, además, mala.

BARRAGANA.—“Barragana” es palabra de etimología incierta. Es posible que proceda del árabe “barrakán”, paño impermeable al agua, hecho, en principio, de pelo de camello; y es posible, también, que se llamara “barrakana” a la mujer que, vestida con este paño, acompañaba a las caravanas de camellos. Después, hacia 1140, pasó a significar en español, como “barragana”, la mujer que acompañaba a las tropas de nuestros tercios, y posteriormente significó manceba.

CALA.—Fortaleza natural, y por extensión cualquier otra fortaleza. Procede claramente del árabe “qálaa”, con el mismo significado. Pasó al español —romance medieval— con adición del artículo “al”, lo que dio alcalá”, tan frecuente entre nuestros topónimos, lo mismo que su diminutivo “al qalíaa”, fortalezita, que produjo “alcalea” y “alcolea”.

CALATRAVA.—Parece estar bien claro que esta palabra, que en 1158 dio nombre a una de las más antiguas de nuestras órdenes militares, procede de la yuxtaposición de otras dos árabes: “qálaa”, fortaleza, y “trab”, tierra, viniendo, pues, a significar fortaleza de tierra, o más exactamente hecha o construida con tierra: “qálaa at trab”.

CALIFA, JALIFA.—Del verbo árabe “jalafa” —ocupar el lugar de otro, suceder— se deriva la palabra “jalifa”: sucesor, sustituto, segundo en mando,

(10) “Alifato”, como se sabe, equivale a “alfabeto” árabe, debido a que la primera letra de este alfabeto es el “álf”.

delegado, representante de la autoridad principal. Esta palabra fue mal transcrita por "califa" a los idiomas modernos, debido a que para producir la fonética de la "j" se utilizó el artificio gráfico "kh", como otrora hicieran los latinos de la latinidad clásica para transcribir el "ji" griego. Al suprimir la "h" del "kh" quedó "califa" por "jalifa".

CAVA.—Ya se sabe que "cava" es la acción de cavar, y también, un sinónimo más o menos exacto de bodega. Pero no vamos a referirnos a estas acepciones; sino a la "cava" que calificó a la legendaria Florinda, hija de don Julián el de Ceuta... Dice Cervantes en el capítulo XLI de "El Quijote": ... y es tradición que en aquel lugar está enterrada la "Cava", por quien se perdió España, "porque cava en su lengua quiere decir mujer mala". Don Miguel no quiso emplear el rotundo cuatrilítero, que es lo que significa en árabe la palabra "cava" (de "káhaba", prostituta), porque don Miguel sabía decir las cosas sin recurrir a la fácil grosería, que es a lo que hoy llaman reciedumbre expresiva...

GIBRALTAL.—Eso de que la palabra "gibraltar" viene del árabe "yebel" o "yebal", monte y de "Táriq", nombre del caudillo que dicen desembarcó allí sus huestes el año 1711, parece pura fantasía. De acuerdo con lo de "yebal", convertido en "gibal" por sucesivas y malas transcripciones y por la introducción no etimológica, sino epenética, de la "r"; pero el otro término del actual topónimo (tar), creemos que no se refiere a Táriq: se refiere más razonablemente a "Tark", nombre de la diosa semita a que los bereberes encomendaban la fecundidad de sus ganados (11).

"Yebal Tark", monte de la diosa Tark, lo encontramos, más o menos deformado en su fonética —e incluso en su grafía—, en varios topónimos del sur del Atlas, amplia zona berberófona, y concretamen-

te en "Yebal Tarf" y en "Ras Tarf" (12). Incluso el gran Yebel Taiet, al este de Gulimín (13) podría ser también una corrupción fonética de "Yebal Tark". Nada tiene de particular que la "q" o "k" (el "qaf" original de "Tark" se haya convertido en "f" (fa) debido a un pequeño error de transcripción, pues estas dos letras árabes (el "fa y el qaf") son exactamente iguales, diferenciándose solamente en la posición del punto que ambas llevan: el "qaf" con el punto encima, y el "fa" con el punto debajo. Respecto a esta posibilidad de error transcriptivo, opina lo mismo el profesor Germain Ayache, de la Facultad de Letras de Rabat, a quien hemos consultado (14).

Otra importante prueba de que "tar" no procede de Táriq es que los marroquíes jamás pronuncian "Yebel Táriq", sino "Yebel Tarq".

HIDALGO.—He aquí una palabra curiosa —"hidalgo"— cuyo significado original nada tiene que ver con el que adquirió en el romance medieval, a partir del siglo XII, y posteriormente en el español moderno. La palabra hizo fortuna como "hijo de algo, hijo de alguien..." —o sea: de antepasados de ilustre linaje.

"Hidalgo" procede del árabe "uld", hijo, y de "al joms" o "al goms" que da lo mismo. Lo de "uld" fue perfectamente traducido por su verdadero valor de "hijo", en el sentido de procedencia, como seguimos diciendo hoy hijo de tal o cual ciudad, hijo de tal o cual idea, o hijo de sus obras. "Al goms", que significa "la quinta parte" tenía pésima traducción, además de lo mal que sentaría al interesado eso de que le llamaran hijo de la quinta parte...

La razón del por qué lo de "hijo de la quinta parte" se convirtió en "hidalgo" fuerza a la consiguiente explicación, y a ello vamos. Durante el período expansionista del islam en la Península Ibé-

(12) Plano francés de Marruecos, E = 1:200.000 hoja LXXXVIII.

(13) Misma cartografía.

(14) Carta particular al autor.

(11) Sobre este tema y sobre la extensión geográfica en que se habló el bereber o lengua "tamagaicga", puede consultarse el artículo de Enrique Arques, publicado en la revista "Africa", número 4 de 1942, página 15, "Una pie-drecita en el mar".

rica, el ejército, según ley alcoránica, se quedaba para sí con la quinta parte del terreno conquistado. Esta quinta parte se donaba en régimen de propiedad privada al guerrero distinguido, al mutilado de guerra, etc., quien, a partir de ese momento recibía la denominación de hijo de la quinta parte —en árabe, "uld al goms", y semitraducido al romance, "fillo, fijo, hi... dal o del goms"—. Como "al goms" no significa nada en español y el pueblo repudia el uso de palabra que no entiende, lo convirtió, primero, en "algnos" con "s" y después en "algo". Y de aquí surge el milagro semántico de la voz "hidalgo", que antes pasó por ser "fillo d'algnos, fijo dalgo y por fidalgo".

Este es el modesto origen de tan altisonante palabra, que todavía utilizamos hoy, traducida y en su recto sentido, cuando llamamos "quinta" a una propiedad campera. Y nada empece llamar "hijo de la quinta" al que nació y se crió en ella.

Ya dijimos que "algoms" pasó por su fase evolutiva de "algnos", con "s", y siempre con el sentido de bienes de fortuna: "Bien podéis, estando sano, disponer de vuestros "algnos", según vuestra voluntad, pero ha de ser con debida ejecutoria..." "Si hacéis alardes y apocáis in-

justamente vuestros "algnos", es cierto que por ello habréis cauterizado" (15). "Como los "algnos" significan además de las haciendas, las riquezas, se puede interpretar "fijodalgo" como hijo que hereda una hacienda" (16).

REAL.—No vamos a poner en duda que "real", en su sentido más recto, es el adjetivo de rey. Pero hay otro "real", también adjetivo, que procede de otra raíz: de la árabe "reyal", plural de "ráyel", hombre. Cuando decimos "camino real" no nos referimos a camino del rey, sino a camino "reyal" —camino de los hombres, por donde van o circulan las personas, así como llamamos cañada a la vía para el ganado trashumante.

Esta palabra —reyal = real— aparece por la misma razón en la expresión "real de la feria", que era el lugar de los zocos —ferias, mercados— especialmente destinado a los hombres.

(15) Cf. "Tafeira", del Mancebo de Arévalo, en aljamía, siglo XVI, páginas 227 y 228 del libro "Manuscritos Arabes y aljamiados". Imprenta "Ibérica", Madrid, 1912.

(16) Cf. "Obras de Menéndez Pidal", tomo IV, página 693. Espasa Calpe, Madrid, 1969, 4ª edición.